

VIRGEN DEL MAR,
PATRONA DE SANTANDER
12 de mayo de 2008

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

¡Dios te salve, Reina y Madre, Virgen del Mar!. Con fe te veneramos; con amor te honramos; con esperanza acudimos a ti; te proclamamos bienaventurada.

Hoy, lunes de Pentecostés, día grande de tu fiesta, llegamos ante tu bendita imagen, Virgen del Mar, el clero, autoridades y pueblo fiel, hermanados en torno a la mesa de la Eucaristía, corazón de la Iglesia, signo de unidad y vínculo de caridad, unidos por la misma devoción a la Reina y Patrona de Santander en un “Pentecostés mariano”.

Hoy viene el Cabildo Catedralicio y el Ayuntamiento de la Ciudad de Santander a cumplir el tradicional voto por los favores recibidos.

Aquí esta La Hermandad de la Virgen del Mar, erigida para cumplir sus fines de culto, caridad y apostolado.

Hoy vengo ante Ti, para postrarme ante tus plantas y confiarte mi ministerio episcopal de Pastor de la Diócesis de Santander. Hoy me consagro a Ti, Virgen del Mar. Tuyo soy y tuyo quiero ser.

La devoción a la Virgen del Mar

La devoción del pueblo fiel a la Virgen del Mar se remonta, al menos, al siglo XIII, según consta en la documentación existente en nuestro Archivo Catedralicio. La Ermita-Santuario, situada en esta bella isleta, en la costa Norte de Santander, es un lugar privilegiado, que testifica la presencia de la Virgen del Mar en la vida y costumbres de nuestro pueblo. La Imagen gótica, una escultura pequeña de poco más de medio metro de altura, sostiene en su regazo al Niño Jesús, que lleva la bola del mundo en la mano izquierda mientras bendice con la derecha. La Virgen, como nueva Eva, lleva en la mano derecha una manzana.

La Virgen del Mar, faro de la luz de Cristo, su Hijo y Salvador, mira hacia nosotros “navegantes” en los “mares” de este mundo.

Madre de la santa esperanza

La Virgen del Mar es la *Madre de la santa esperanza*. Así la estamos contemplando en esta liturgia eucarística, en las oraciones y en las lecturas.

El Concilio Vaticano II, en la conclusión de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, afirma que la Santísima Virgen “en esta tierra, hasta que llegue el día del Señor, precede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo” (LG 68).

La Iglesia, al considerar la función de María en la historia de la salvación, la llama con frecuencia “esperanza nuestra”. Así la invocamos en la “Salve Regina”, oración de solera hispana: “vida, dulzura, esperanza nuestra”. En la primera lectura del libro del Eclesiástico hemos escuchado estas hermosas palabras, que la liturgia aplica a la Virgen María: “Yo soy la madre del amor puro, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa” (Si 24, 24).

La Virgen del Mar, Madre de la santa esperanza, nos remite esta mañana y siempre a su Hijo Jesús y nos dice como a los sirvientes en las bodas de Caná (Evangelio): “Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5).

Su Hijo Jesús nos dice que seamos sus testigos en esta hora del mundo y de la Iglesia. Ser testigos de Cristo exige reavivar nuestra identidad cristiana, fortalecer la comunión eclesial y encarnar en el mundo, con la ayuda y la fuerza del Espíritu Santo, el tesoro que supone la fe, ofreciéndolo con alegría, humildad y respeto a nuestra sociedad indiferente, con el anuncio valiente y decidido de la palabra, la celebración gozosa y frecuente de los sacramentos y el testimonio de la caridad.

Queridos hijos, hermanos y amigos: Tenemos que reavivar nuestro ser de cristianos, haciéndonos caer en la cuenta de que la fe es un tesoro que debemos apreciar y valorar, que no podemos esconder, sino que debemos anunciar y testimoniar sin miedos vergonzantes, sino con valentía y con gozo.

Vivimos en una época de ‘decaimiento religioso generalizado’, de secularización interna dentro de la propia Iglesia, de enfriamiento de la fe y de debilidad apostólica de nuestras comunidades cristianas. En nuestro entorno se percibe un gran desequilibrio entre el número de los que se consideran creyentes cristianos y el número de los que verdaderamente practican su fe. Son bastantes los que se consideran creyentes, pero no practicantes.

En esta situación, urge reavivar en el seno de nuestras comunidades cristianas el don de la fe, fortalecer los lazos de la comunión eclesial e intensificar la misión evangelizadora con el anuncio y el testimonio.

Necesitamos recuperar la valoración de la fe y la confianza en nosotros mismos como discípulos y miembros de Cristo, para poder comunicar a nuestros conciudadanos, que han perdido las huellas de Cristo y han dejado de confiar en la Iglesia, el tesoro de la vida cristiana.

Necesitamos cuidar la esperanza y abrir los ojos a todas las realidades positivas y a los pequeños crecimientos de la semilla del Reino de Dios, para que los problemas o las dificultades no nos agobien ni las nubes nos lleven a negar las estrellas.

Debemos ser ministros y servidores de la esperanza. Con la plegaria eucarística reza la comunidad reunida: “Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”(V b). “Esta Iglesia vivificada por el Espíritu Santo, resplandece como signo de unidad de todos los hombres, da testimonio de tu amor en el mundo y abre a todos las puertas de la esperanza” (V d).

Queridos hermanos: la celebración anual de la fiesta de la Virgen del Mar, en el contexto de la solemnidad de Pentecostés, y las celebraciones litúrgicas durante el año, deben ser una ocasión propicia para promover una intensa renovación de nuestra vida cristiana personal, comunitaria y social en clave de “nueva evangelización”.

Como vuestro Obispo y Pastor os exhorto a todos los fieles a celebrar esta fiesta mayor de la Virgen del Mar como un momento fuerte de gracia, que nos conduzca a conocer más y mejor la Palabra de Dios, a celebrar bien los sacramentos como misterios de la fe y no como costumbre social, especialmente la Eucaristía del Domingo y la Penitencia, y a comprometernos en el servicio de la caridad y de la solidaridad con nuestros hermanos, sobre todo, con los más pobres y necesitados.

Al acabar esta predicación, rezamos con una de las oraciones más antiguas: “Bajo tu amparo, nos acogemos, Santa Madre de Dios, no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita”. Amén.